

esmero por su ornato, é inclinó el ánimo de su madre y de sus hermanos á que empleasen en él gran parte de sus bienes.

Ya hemos dicho que su vida era muy austera. Estaba vestida con hábito tejido con piel de cabra que la cubria enteramente, de modo que, aún cuando estuviese en medio del pueblo ó en la iglesia, ni veia á nadie, ni nadie podia ver su rostro. Sus vigiliass eran muy prolongadas, y consagradas á la contemplación. Lentejas remojadas en agua constituian su alimento ordinario ; pero comia tan poco, que su cuerpo estaba desecado por el rigor de la abstinencia.

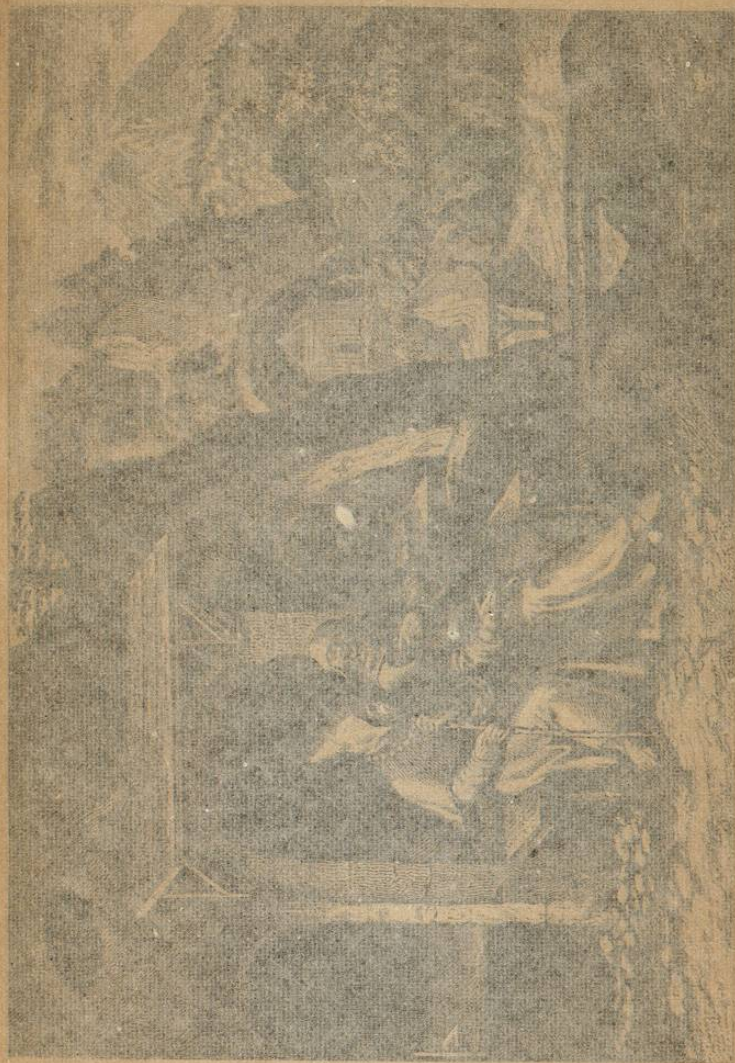
Aunque pasaba, dice Teodereto, los dias y las noches en estos ejercicios, no descuidaba la práctica de las demás virtudes. Llena de caridad para con el prójimo, y solícita con los pobres, suplicaba á su madre y á sus hermanos, que los socorriesen, y Dios bendecia su liberalidad por las oraciones de la Santa, Vivía aún en el año 440. Los griegos celebran su memoria el 5 de enero y el primero de Marzo. Teodoreto concluye su *Historia religiosa* con la vida de esta Santa.

DESIERTO DE CHALCIS

SAN MARCIANO ²

El desierto de Chalcis estaba en las extremidades de la Siria, hacia la parte de la Arabia, y se extendía hasta el Eúfrates. Fué habitado por santos monjes, siendo Avito y Marciano los más conocidos. San Jerónimo habitó en él

¹ Teodoreto, Tillemont.



... de su madre y
 ... gran parte de sus
 ... austera. Estaba
 ... la cuber
 ... en meda
 ... ni madre podia ver
 ... sagradas y consagra
 ... en agua cons
 ... que su
 ... ausencia.
 ... y los techos en
 ... las demás
 ... y solícita
 ... hermanos, que
 ... por las ora
 ... amigos
 ... de marzo.
 ... de esta

... INALCIS
 ... ANO

... en las extremidades de la
 ... y se extendía hasta el
 ... sordo Avno y
 ... Jerónimo habitó en el

Tome 5



Gravé d'après

J. P. Chardin del. Paris

St. Avite & St. Marcien.
 San Avicio y San Marciano

durante algún tiempo. Hemos hablado de estos solitarios á la vez que de los de la diócesis de Ciro, porque estaban inmediatos á ella. No se conoce de Avito más que lo que refiere Teodoreto. « Era éste, dice, un santo personaje, » dotado de extraordinaria sabiduría. Era mayor que san » Marciano, y entró ántes que éste en los ejercicios de la » vida monástica. Su desierto, que formaba parte del de » Chalcis, estaba más inclinado á la parte septentrional » que el de este Santo, y muy expuesto á los vientos del » nordeste. Allí edificó una pequeña celda, en que llevaba » un género de vida muy austera, y á la que se habia acos- » tumbrado por la continuada práctica de la mortifica- » ción. Habiendo oído hablar de las virtudes de san Mar- » ciano, creyó proporcionar un gran beneficio á su alma, » tomando conocimiento con él, y fué á visitarle. » Tal era Avito según Teodoreto.

Hablando de san Marciano, dice que tuvo tres patrias, la ciudad de Ciro, la soledad y el cielo. La primera le vió nacer : la segunda lo nutrió en la piedad, y la tercera coronó sus virtudes. Era de raza patricia, y por consiguiente, de una casa noble y opulenta. Además de las gracias exteriores de que le habia dotado la naturaleza, pues tenia elegante figura, faz hermosa y modales distinguidos ; además, repito, de estas gracias exteriores, era muy recomendable por las cualidades de su alma, por su prudencia y por su sabiduría. Así es que gozaba de gran distinción en la corte.

Sin embargo, despreció todas estas ventajas del nacimiento y de la fortuna, para seguir la voz de Dios que le llamaba á la soledad, y movido por un excelente amor de preferencia, renunció á las criaturas y á sí mismo, y se entregó sin reserva á Aquel de quién todo lo habia recibido.

El lugar que escogió para su retiro fué el desierto de

Chalcis, en el cual este hombre, que hasta entónces no habia habitado más que suntuosos palacios, se redujo á una celda tan estrecha y baja que apenas podia contener su cuerpo. Allí, alejado de toda conversación humana, se entregó enteramente á los atractivos del amor divino, que habia arrebatado su corazón.

No tenia otra ocupación que la oración, la lectura de los libros santos y los cánticos sagrados. « El canto de los salmos, dice Teodoreto, sucedia á su oración: su oración sucedia al canto de los salmos, y la lectura de las santas escritura sucedia á uno y otro ejercicio. » Los consuelos que sacaba de esta santa lectura superaban á todos los consuelos que pudieran proporcionarle los hombres. Parecíale oír la voz del mismo Dios que le hablaba, y él á su vez le dirigía su palabra en sus fervorosas oraciones, y su alma se inundaba, por decirlo así, de inefables delicias en estos amorosos coloquios.

De este amor ardiente de que se sentia santamente abrasado, nacía en su corazón ese fervor y ese gozo admirable, con que se consagraba á los trabajos de la penitencia, sin que nada le hiciera detenerse en la trabajosa carrera de las austeridades monásticas. No comia más que por la tarde, y esto en tan poca cantidad, que una libra de pan le bastaba para cuatro dias. El agua la tomaba también por medida: de modo que se habia condenado á hambre y sed perpetuas.

Preferia comer un poco todos los dias á hacerlo despues de algún tiempo: pues decia que, cuando no se come durante muchos dias, se halla el cuerpo estenuado, y participando el espíritu de su languidez, se imposibilita para los ejercicios espirituales. Además, cuando se come despues de un ayuno de muchos dias, se hace con avidez, se carga excesivamente el estómago, y el cuerpo se pone pesado, y se resiste á las vigalias.

Pasó mucho tiempo en su celda, como en una prisión á que voluntariamente se habia condenado por amor de Dios, y muy bién puede llamarse prisión, dice su historiador, porque era tan estrecha y tan baja, que no podia sostenerse de pié. Pero la Providencia, que le destinaba á ser el padre espiritual de un pueblo numeroso de solitarios, le envió á dos excelentes sujetos, por medio de los cuales las reglas que les prescribió se extendieron á un gran número de monasterios, como pronto veremos. Estos dos religiosos fueron Eusebio y Agapeto. El Santo no les dió albergue, porque su celda era sumamente estrecha; pero les permitió que edificasen otra, y les ordenó que hiciesen juntos sus ejercicios, que consistian en cantar los salmos, en hacer oración, y en leer las santas Escrituras, como él mismo hacia.

Eusebio fué testigo de dos maravillas, que le dieron á conocer que el espíritu de Dios reposaba en san Marciano, y que se le habia concedido el don de milagros. Teniendo este santo discípulo curiosidad de saber lo que hacia el Santo en su celda, se puso una noche á observarlo por la ventana, y vió sobre su cabeza una luz celestial, que era símbolo del don de inteligencia, que le daba Dios, para que penetrase el sentido de las sagradas Escrituras, cuyo libro tenia en la mano. Quedó lleno de santo temor, dice Teodoreto, y al ser testigo de la gracia infusa que Dios habia derramado sobre el alma de Marciano, vió cuán bueno es Dios para con los que le sirven fielmente.

El mismo discípulo vió desde lejos una serpiente que se habia colocado sobre el muro de la celda del Santo, que hacia en aquel momento su oración, vuelto hacia el Oriente. Viendo que este monstruoso animal le miraba desde lo alto del muro con ojos amenazadores y con la boca abierta en además de devorarle, le gritó con toda la fuerza de sus pulmones para avisarle el peligro en que se

hallaba. Pero Marciano, lejos de temer, hizo el signo de la cruz, y sopló sobre la serpiente, que cayó al punto hecha pedazos, cual si fuera un tronco quemado por el fuego.

Era, sin embargo, tan grande su humildad, que le contaba mucho trabajo resolverse á usar del don de milagros, y á manifestar el de sabiduría y de ciencia espiritual, que habia recibido de lo alto, y nada omitia por tenerlos ocultos. Teodoreto nos ofrece dos pruebas de ello. « Un » hombre distinguido de Berea, dice, y que ocupaba un » puesto muy elevado en el servicio del príncipe, tenia una » hija poseida del demonio, y vino al desierto de Chalcis » para alcanzar su libertad por las oraciones del Santo, á » quien ya conocia; pero no pudo verle, porque san » Marciano no hablaba á los seculares más que en tiempo » de Pascua. En su consecuencia, se determinó rogar á un » buén anciano solitario, que estaba encargado de llevar » al Santo las cosas que necesitaba, para que pusiese ante » su celda una ampolleta de aceite, á fin de que lo bendi- » jese, y pudiera servir á su hija de remedio contra el de- » monio que la atormentaba. »

« El anciano le manifestó que era muy difícil hacer lo » que pretendia, porque temia que el Santo le reprendiese, » pero rendido por las instancias del afligido padre, con- » sintió al fin. Sin embargo, cuando fué á llevar la botella, » no se atrevió á hablar al Santo, y pretestó que venia á » preguntarle si necesitaba alguna cosa. Intentólo segunda » vez, y tampoco tuvo valor para manifestarle el objeto » de su visita. Pero Marciano, viendo que habia venido dos » veces contra su costumbre, sospechó la causa, y le rogó » que le dijese la verdad. »

« El anciano, que no ignoraba que tenia el espíritu de » Dios, y que seria inútil ocultarle el motivo de su visita, » porque Dios se lo daria á conocer, se lo confesó tem- » blando. Le manifestó la enfermedad que aquejaba á la

» hija de este oficial, y le enseñó la botella de aceite que » deseaba le bendijese para su curación. El humilde Mar- » ciano, que hacia todos los esfuerzos posibles para ocultar » la gracia de hacer milagros, que habia recibido de Dios, » se sintió tan afligido, que reprendió severamente al an- » ciano, y le dijo que no admitiria lo que le llevara, aún » cuando tuviera necesidad de ello, si se encargaba de se- » mejante comisión. En su consecuencia, no quiso bendecir » el aceite, y ordenó al religioso que lo devolviese al ofi- » cial.

» Pero al mismo tiempo que se resistia á obrar este mila- » gro, Dios mismo lo hizo, para manifestar cuán preciosa » era á sus ojos la humildad de su Santo. Efectivamente, » gritando el demonio en alta voz por la boca de la jóven, » declaró que la virtud de Marciano le obligaba á salir de » su cuerpo, lo que, á su vuelta á Berea, supo el oficial » haber acaecido precisamente en el momento en que el » anciano le devolvia de parte de Marciano la botella. De » esta manera, desde el fondo del desierto, separado unas » cuatro jornadas de Berea, ejercia Marciano su poder » sobre el demonio que atormentaba á esta criatura. Y » ¿ cuantos milagros no hizo sin querer? pues cuanto más » se empeñaba en ocultar la gracia que habia recibido, con » tanta más claridad la manifestaba el mismo Dios. »

El mismo escritor manifiesta en las siguientes palabras la segunda prueba que dió de su profunda humildad. « No evitaba ménos el que se conociesen la sabiduría y » las gracias espirituales con que Dios habia enriquecido » su alma. No recibia visitas más que en tiempo pascual, » y entónces acudia una multitud numerosa para tener la » dicha de hablar con él. Muchas veces tampoco admitia » ni aún á las personas de más elevada dignidad. Un dia, » pues, vinieron á visitarle cuatro prelados de la más ele- » vada gerarquía, á saber Flaviano, patriarca de Antioquia,